

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 4

Article 9

1976

Cuentos

Jorge Campos

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Campos, Jorge (Otoño 1976) "Cuentos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 4, Article 9.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss4/9>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

LA NUBE

Jorge Campos

La noche, calida, opresiva, presionante, sucedió a un día caluroso, de bochorno, asfixiador. A los ardientes días de verano, con un cielo azul profundo, casi sólido, había sucedido una jornada cubierta de una nube luminosa, casi transparente, que ocupaba el cielo hacia todos los horizontes. La habían ido formando pequeñas nubeculas traídas por un viento alto, inapreciable en el suelo. Al irse reuniendo se borraban y desaparecían sus límites. A media mañana era ya una sola nube, que no detenía la luz del sol, velándola apenas, y que parecía ahogar la respiración de la ciudad.

El hombre caminaba. Su trabajo le llevaba de una calle a otra, de una acera a la sombra a cruzar una calle al sol, de una zona residencial en lo alto de la ciudad a los barrios más bajos y ardorosos. Pero en aquella jornada era igual el barrio alto que el bajo y la acera al sol que la sombría. El calor oprimía desde la nube, que de un grisáceo claro se había transformado en un amarillento metálico.

Los cuerpos rezumaban un sudor pegajoso en gotas sutiles y microscópicas como poros. Las gentes miraban al cielo y pensaban que una tormenta lo resolvería todo. Pero no hubo nada parecido a una tormenta. La nube se fue oscureciendo con el paso de las horas sin que los termómetros se movieran del nivel alcanzado en el centro del día. Sólo al anochecer se vieron unos relámpagos horizontales, casi no relámpagos, sino algo así como el reflejo de relámpagos tras unos cendales nubosos. Y con la noche, aún pareció hacerse más sofocante la atmósfera, con la nube tapando la ciudad, quizá caída sobre ella.

Noche sin estrellas ni brisa, con un cielo impreciso, ardiente, presionando sobre los cuerpos.

El hombre había tenido que trabajar hasta muy tarde. Llegó a su casa fatigado, impregnado de un sudor que le envolvía como la nube a la ciudad. Se acostó con la ventana abierta de par en par. El ambiente de la calle entraba en la habitación. La angustia de la calle se había adueñado también del interior. La nube se filtraba en el cuarto como un girón de lana o de algodón que alguien aprieta contra ella.

El cansancio y la calina le adormilaban, pero esa misma fatiga y ese mismo calor no le dejaban coger el sueño. Se revolvió, cambiaba de sitio buscando alguna frescura en la tela no ocupada por el cuerpo para repetir el movimiento poco después. Estiraba y separaba brazos y piernas.

Debía dormir. Seguramente estaba durmiendo con un sueño distinto, superficial, sin descanso, cuando sintió el ruido.

Era un ruido sordo, pero intenso, insistente, como si tratara de no hacerse sentir, pero su propio esfuerzo le impedía conseguirlo. Un ruido de algo que presiona al tiempo que avanza. Un ruido que se le hacía cada vez más presente y que borraba cualquier otro sonido que pudiera surgir en el silencio de la noche. Un ruido que venía desde lejos, desde el fondo de la calle, quizá desde el horizonte de la ciudad, en una marcha recta, acentuando, aunque muy suavemente, su avance. Irreprimible. Inexorable.

El hombre buscó otra postura. El bochorno seguía. El cuerpo tenía una frontera húmeda y caliente. Vuelto de espaldas hundía la cabeza en el borde de la almohada. El ruido seguía llegando. Cerró los ojos para percibirlo mejor. Entonces, igual que un fogonazo de magnesio ilumina fugaz, pero intenso hasta en los detalles las paredes, la ventana, el algodonoso techado de la nube, comprendió el ruido.

Ascendía por la suave cuesta de la calle. Todo se hizo claro en su entendimiento. Aquello que sonaba avanzaba y no iba dejando nada tras sí. En su caminar lento, arrastrante, tragaba, absorbía en su interior . . .

Nada tras sí . . . Las casas quedaban vacías, con unos muros amarillentos, resquebrajados, repentinamente envejecidos en cientos de años. Comprendía. Entre lúcido y torpe, neblinoso, sin claridad mental, solo con una intuición que no llegaba a la inteligencia.

El ruido seguía, reptante, irreprimible, sordo y fatal. Como en un torbellino — no había aire, sin embargo — de las ventanas salían objetos girando, pausados que desaparecían en el rumor de aquel arrastre incesante.

También tuvo conciencia de que tras aquel vértice la nube se retiraba. Sintió cómo aquéllo estaba al pie de su ventana. Un aire fresco le estremeció la planta de los pies, le rodeó las pantorrillas y ascendió cuerpo arriba.

Comprendió y sus manos extendidas sobre la almohada se crisparon. Hubiera gritado. Pero la garra de aire fresco y tranquilizante le llegaba ya a la nuca y tras acariciarle la cabeza como una mano gigantesca tiraba de él hacia la ventana.

EL DELIRIO DEL SOLDADO MIGUEL

El soldado Miguel despertó. Pasaron segundos antes de que recobrar conciencia de quién era y dónde estaba. Le envolvían unos golpes repitiéndose a tiempos iguales, un olor a humedad, una sensación de movimiento, una oscuridad casi completa. Una lucecilla le reveló los maderos del techo y las paredes, la estampa del sollado repleto de hombres tumbados.

Pero el ruido . . . Era el chocar del agua contra los costados del barco, el golpear de los remos al romper la superficie del mar, el aliento de los galeotes lanzándose hacia adelante ... Se equivocaba: el ruido no venía del exterior, estaba dentro de él. Eran, otra vez, los latidos de la fiebre.

Se había alzado sobre un codo y se dejó caer. Los golpes percutían, borrándolo todo. Cada uno retumbaba sobre el siguiente hasta fundirlos como en una gran gota que rodaba por una lámina resbaladiza. Por ella se deslizaban las gotas que al crecer se transformaban en un navío. Un mar brillante y sin oleaje que se convertía en una gran llanura. Caminaba por el centro de ella, lisa, escurridiza, dejándose caer. Luego fueron surgiendo sombras que se alzaban a los bordes del camino como en el paso de la noche al alba. Reconocía dificultosamente matorrales, encinas, largas tapias. Los golpes seguían repitiéndose, se hacían materiales, físicos. Sacudían su cuerpo. Llegaban hasta los dientes, que se entrechocaban. Alguien le sacudía:

¡Miguel, arriba! ¡Todos arriba! Estamos frente a los turcos.

Miguel, vacilante, se alzó y marchó con todos a la escalerilla que daba a cubierta. La calentura le estremecía el cuerpo y le era imposible sujetar el castañeteo de los dientes. Formó. Los espejos de la fiebre jugaban con las líneas del capitán, que le hablaba. Oía la voz que contestó alguien que no sabía que era él mismo, alguien que se negaba a retirarse y que defendería su puesto, allí, junto al lugar del esquite.

En él se hallaba, en pie, cuando el ruido de los cañones apagó el de sus latidos; se disipó el humo y se vio a los turcos iniciar el abordaje. La espada del soldado formaba parte de un muro erizado opuesto al que se venía encima desde jarcias y cordajes. El soldado se afianzó en sus piernas, los golpes de su interior seguían borrándose con el estruendo del combate. La fiebre parecía quedar atrás.

De pronto, un empujón en el pecho como dado por un pesado puño. Soltó la espada y se llevó la mano derecha al lugar del empujón. La notó inmediatamente húmeda y comprendió que era sangre . . . Pudo ver su otra mano, por la que bajaban brillantes hilos rojos buscando el vacío entre los dedos, antes de que todo se hubiera vuelto oscuro. Las rodillas, doblándose, lo dejaron caer.



Ilustración de Adolfo Estrada

Miguel estaba tendido en el suelo, ovillado, mientras los turcos saltaban desde su barco. La fila de soldados que los esperaba se onduló al choque y luego se deshizo en violentos encuentros de hombre a hombre o de grupo a grupo.

Nadie se cuidó de Miguel. Se luchaba sobre su cuerpo, se saltaba por encima, caían muertos y heridos a su lado, cubriéndole en parte, y el combate y los saltos proseguían procurando evitarle unas veces y tropezando con él, pisándole, las más de ellas.

¿Cómo he caído? La mano del desaforado gigante me levantó muy alto antes de soltarme desde arriba. Aún recuerdo cómo movía los brazos, retándome. He debido quebrarme los huesos de la mano y todas las costillas. Pero ¿quiénes son éstos que saltan sobre mí y me patean? Golpean con estacas buscando mi cuerpo y no puedo defenderme. Son gente desalmada y rústica. Lo veo en su calzado burdo, en sus pies desnudos ... He caído porque he sido atacado con engaños: algo me golpeó y me arrancó del caballo. ¡Ah!, sí, los brazos del gigante. Por eso se atreven ahora a pasar sobre mí, arrollándome, estos rebaños de ovejas. Siento sus pezuñas al chocar con mi armadura. ¿Son ejércitos o son ovejas? No, son cerdos, lo más vil . . . Me envuelven en el polvo que levantan, me hozan y pisotean con sus sucias patas. Quieren humillar a un caballero andante. No envilecen porque están hechizados. Han tenido que transformarse para poder derribarme. No importa. Me pondré en pie y mi espada los confundirá.

Los miembros envarados por la armadura de la fiebre, el cuerpo débil por la sangre perdida, el soldado Miguel se sumía en la negrura, entre el estrépito de los gritos y trompetas de la victoria que ensordecía el mar. Que para él era otra vez la llanura, por la que marchaba erguido, firme en los estribos, lanza en ristre, de cara a los primeros rayos del sol.